

Luiz Eduardo SIMÕES DE SOUZA y Maria de Fátima SILVA DO CARMO PREVIDELLI (orgs.). 2022. *História econômica do Brasil contemporâneo*. Niterói / São Paulo: Eduff / Hucitec, 552 pp.

Coordinado por Luiz Eduardo Simões de Souza y Maria de Fátima Silva do Carmo Previdelli, el libro *História econômica do Brasil contemporâneo*, publicado en 2022, reúne trabajos de especialistas que analizan diferentes marcos temporales de la historia económica reciente de Brasil. La obra tiene un valor innegable para cualquiera que se interese por la evolución económica del país. Es posible afirmar que su lectura es asequible también para lectores no especialistas, y les permite adentrarse en los problemas de la economía de un país de proporciones continentales; en definitiva, ofrece una base para comprender y reflexionar sobre la realidad económica actual de Brasil.

El libro abarca varias facetas del desarrollo económico brasileño. Precisamente por eso, es muy difícil resumir el tema en unos pocos párrafos. Lo mejor es invitar a leer cada capítulo con un espíritu abierto y atento a las explicaciones causales. Algunos lectores pueden caer en la tentación de entender ciertas propuestas de análisis de los fenómenos económicos que se sucedieron en Brasil, y que aparecen en la obra, como una provocación, pero lo cierto es que, en realidad, toda innovación conlleva una provocación intelectual que rompe con esquemas anquilosados, abriendo nuevos caminos para entender las actividades económicas de una sociedad compleja como la brasileña.

En el primer artículo, Fernando Roberto de Freitas Almeida presenta la larga discusión que estará presente a lo largo del libro: el choque de clases, la lucha entre un conservadurismo arcaico y elitista y progresistas de diversa índole, que defendían el desarrollo económico para conseguir una nación democrática y sofisticada. Almeida sugiere una definición de las fuerzas políticas presentes en la sociedad brasileña, como mínimo desde la década de 1920, que surgen de la respuesta ante el orden oligárquico. Entre los artistas y los movimientos sociales, militares y políticos, descontentos con la política del período que los historiadores brasileños denominan “república del café con leche” (en referencia a la hegemonía de los cafetaleros y ganaderos en la política nacional), surgieron diversas manifestaciones de descontento y la presión para encaminarse a la modernización. El autor nos presenta a un segmento de la burguesía y una clase media forjados en los sectores urbano-industriales que se aliaban tácticamente en defensa de la modernidad y contra el conservadurismo. Este conjunto de fuerzas modernizadoras, según parece, condujo al apoyo del gobierno de Vargas en la década de 1930. Nace así un gobierno nacionalista e industrialista, que ve en la inter-

vención del Estado en la economía el mecanismo del progreso material. Muchos elementos ya estaban presentes en el debate intelectual del país desde finales del siglo XIX, pero desde entonces fueron tomando fuerza. Sin embargo, no existía una clase dominante que representara el interés nacional, lo que condujo, en 1937, al Estado Novo, la dictadura nacionalista de Vargas, que perduró hasta 1945. Al periodo turbulento del conflicto internacional y las grandes transformaciones en la economía brasileña se suman nuevos elementos en lo que se denominaría Nacional-desarrollismo, como el laborismo, la estructuración de grandes empresas privadas brasileñas, la influencia keynesiana y la emergencia de nuevas élites.

Con errores, tragedias y conquistas, este proyecto avanzó hasta la instalación de la dictadura militar en 1964. En esta etapa, el autoritarismo compró la parte que le interesaba del proyecto, con lo que el proceso de modernización se tornó más conservador. El choque entre las mismas fuerzas, que estuvieron presentes en la posguerra mundial, va más allá de las periodizaciones de la economía brasileña y aún se muestra hoy en lo que Almeida denomina neodesarrollismo y neoconservadurismo.

Brasil se transformó muchísimo de la década de 1930 a la de 1980, e incluso más tarde. Lo cual es reflejo de las correlaciones de fuerzas presentes en cada momento, con los avances y retrocesos de las fuerzas progresistas, agrupadas bajo el ideario desarrollista. El cambio siempre fue resultado de las victorias de estos sectores urbanísticos y modernizadores cuando prevalecieron sobre el conservadurismo. En la práctica, aún asistimos a disputas y alianzas efímeras entre sectores de la clase media, liberales conservadores, un campo político popular y el contrapeso del llamado *centrao*, algo parecido a las antiguas agrupaciones políticas del interior del país, que todavía está pendiente de analizar.

Las fracciones conservadoras de la sociedad brasileña, especialmente vinculadas a intereses internacionales, como, por ejemplo las finanzas y sus portavoces en los grandes medios de comunicación, insisten en calificar de manera peyorativa a los gobiernos con atractivo popular, a los que suelen llamar «populistas». Este término polisémico, como señala Almeida en el primer artículo del libro, queda invalidado por completo por la brillante exposición de Pedro Fonseca en el siguiente artículo. En «Nem ortodoxia nem populismo», Fonseca utiliza la crítica acerca del pensamiento sobre el Segundo Gobierno de Vargas en una inspiración hegeliana de la producción como método de análisis para obtener una aproximación a la realidad concreta de la economía brasileña. El resultado es una producción que rechaza simplificaciones y generalizaciones sobre el periodo, que no puede considerarse ortodoxo porque conserva un núcleo de políticas a largo plazo que revelan el proyecto varguista —de la industrialización, nacionalismo—, aunque ha emprendido políticas de estabilización condicionadas por un ambiente interno y externo hostil a un proyecto para reposicionar a Brasil como un eslabón importante en el capitalismo mundial, lo que no lo cataloga, como no se puede hacer con otros periodos de gobierno popular, como «populista».

Así denominan desde los medios conservadores «populistas» a Vargas, Goulart, Brizola, Dilma y Lula. Por tanto, las conclusiones de Fonseca trascienden el periodo en el que se concentra el análisis. Sus consideraciones sobre el término populista, especialmente desde que fue rescatado por la actualidad económica brasileña a finales

de 2022, son muy actuales. Aclara mucho sobre el léxico y el pensamiento conservador hoy en día, algo que lleva a la inevitable comparación entre 1950 y 2022. Cómo no comparar una extrema derecha anticomunista y paranoica, que se opuso a la inclusión de las masas trabajadoras urbanas en el mercado de consumo, para lo que se alió con sectores reaccionarios de las Fuerzas Armadas, con esa otra extrema derecha, hoy en plena agitación, que usa registros similares. Es difícil resistirse a esta analogía. Es de esperar que, esta vez, como mínimo, no desemboque en una tragedia como sucedió con el suicidio de Vargas para frenar los intentos autoritarios y reorganizadores.

No menos importante es el entorno internacional en el que se instala un gobierno alineado con el pensamiento desarrollista y las ideas soberanistas. Por eso, Júlio Gomes de Silva Neto centra su aportación en desentrañar los efectos de los acuerdos de Bretton Woods en la economía brasileña de posguerra y en el reordenamiento de la división internacional del trabajo. Silva Neto analiza los esquemas institucionales de esa época, tan relevantes en el estudio de la historia económica general, así como su penetración en la periferia mundial. En el texto se trata de demostrar cómo un conjunto de acuerdos e instituciones elaborados, en parte, desde 1944, especialmente relacionados con la reconstrucción de Europa, terminó trasladando sus crisis a países como Brasil. Obligados a dirigir sus exportaciones a Estados Unidos, este último en posición de imponer sus condiciones, los países latinoamericanos debieron asumir una clara posición de subordinación.

El extenso texto de Silva Neto inicia su argumentación con las instituciones creadas después de Bretton Woods, como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo (BIRD). El investigador recorre el papel de los acuerdos relacionados destinados a mantener la liquidez necesaria para el comercio internacional en un entorno que reveló una gran dificultad y la necesidad de otras medidas e instituciones para racionalizar la moneda disponible. Como resultado, se produjo el avance hacia instituciones más específicas que operaban en Europa, para compensar pagos y sostener la política monetaria de expansión económica en la década de 1950. En conjunto, estas políticas, reforzadas con acuerdos de tipo neocolonial, impusieron una división internacional del trabajo desfavorable a los países latinoamericanos. La profundización de las relaciones multilaterales en bloque asumidas por los europeos, como la organización de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC), trajo aún más dificultades, que de nuevo se tradujeron en el deterioro de los términos de intercambio como agravante del control de las cuentas externas de esos países. Las medidas adoptadas en cada gobierno de ese periodo para hacer frente a la disponibilidad de divisas revelan una rutina difícil para los equipos económicos de Brasil, relegados a un segundo plano, pero que no renunciaron a su proyecto de industrialización. Con esta adecuación, el país mantuvo reservas internacionales hasta 1954, ancladas en su comercio de exportación, que también servía como mecanismo de transferencia de ingresos al sector industrial, con base en el tipo de cambio múltiple. Quizás más importante fue la política económica contracíclica, que, al garantizar inversiones en infraestructura e industrias, debilitó política y económicamente al sec-

tor agroexportador, abriendo una etapa de profundización de la planificación y la intervención estatal en la economía, con la movilización de capital público y privado, nacional y extranjero, dirigido a objetivos de industrialización.

Algunas de estas políticas económicas se analizan en el capítulo del profesor Francisco Luiz Corsi, quien utiliza el intervalo entre 1946 y 1964 para tejer su trabajo sobre los planes de desarrollo. Aquellos planes y políticas económicas adoptados desde Dutra, pasando por medidas de los gobiernos de Vargas, Café Filho, Kubitschek, Jânio Quadros y Goulart, se llevaron a cabo casi siempre en medio de un periodo político turbulento, en un principio en una economía internacional en un escenario de posguerra y en plena vigencia del capital monopolista.

En suma, en un texto que interacciona con los otros, se muestra que Dutra, que adoptó una política económica liberal —aunque a finales de la década de 1940 se optó por cierto cierre de la economía debido a los problemas cambiarios surgidos en 1947 y que revelaron la inmediata posguerra—, no tenía la industrialización como lema. Por el contrario, Vargas, aun en momentos de aplicación de políticas económicas basadas en la ortodoxia, no escapó a una visión de desarrollo a largo plazo, basada en la industrialización y centrada en la producción de bienes de capital e intermedios, con miras al cambio estructural en la economía brasileña. Su estrategia, sin embargo, tropezó con la inestabilidad política y, sobre todo, con la dificultad de financiación interna y externa de las inversiones necesarias. Juscelindo pudo eludir tales problemas utilizando algunas medidas que ya había tomado Vargas; además, tuvo a su disposición una amplia financiación como fruto de los nuevos flujos de capital hacia las economías periféricas. Asimismo, amplió sus alianzas con la firma de un pacto nacional por el desarrollo económico. La economía brasileña, por lo tanto, creció a pasos agigantados bajo la implementación del histórico Plan de Metas. Esto no significó la superación de los graves problemas sociales, sino que, por el contrario, condujo al agravamiento de las contradicciones. La política brasileña volvió al conservadurismo tras la elección de Jânio Quadros para un breve y controvertido gobierno que duró hasta su renuncia.

La economía brasileña, en la década de 1960, tuvo que afrontar los problemas de una inflación creciente y de desequilibrios en las cuentas externas. El gobierno de João Goulart elegido en 1960 significó la recuperación del proyecto desarrollista con un «agravante» para el conservadurismo, pues llevaba implícita una intención distributiva. Su propuesta de reforma fue considerada inadmisibles, lo que hizo que se rompiera la coalición de fuerzas políticas que apoyaban el desarrollismo y que, en consecuencia, mostrara la reacción antipopular promovida por las fuerzas armadas en apoyo de las clases dominantes reaccionarias.

A continuación, el tema de las políticas y los planes económicos es tratado por el profesor Everaldo de Oliveira Andrade, quien saca a la luz los debates sobre la planificación antes del golpe de 1964. Su capítulo destaca el proceso de mejora de la planificación económica en el país, que se inició con tentativas aún frágiles que condensaron numerosos factores: de un entorno nacional en transición y de un entorno internacional en el que los triunfantes planes quinquenales soviéticos presionaban a las potencias occidentales para que adoptaran políticas intervencionistas. De esta manera, elemen-

tos nacionales y regionales, como los gobiernos nacionalistas, el industrialismo, la conformación del marco teórico del desarrollismo y el esquema institucional que involucró a tantas y tan calificadas organizaciones, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), empresas estatales y organismos consultivos, no deben pasar desapercibidos en los estudios sobre el tema de la planificación. Después de todo, el ritmo frenético del crecimiento económico brasileño desde la década de 1930 no podía ser fruto de la casualidad. Pero el autor, en línea con el resto de trabajos presentados, nos muestra como resultado un país que mantuvo diferencias abismales entre las clases sociales, es decir, los límites de la planificación a largo plazo en una economía periférica en materia de soberanía e independencia. Por tanto, se cuestiona seriamente la planificación en una economía capitalista, recurso que han utilizado tantas naciones desarrolladas, a pesar de una falsa dicotomía señalada por los liberales.

Una consecuencia directa de la planificación económica y la intervención estatal fue la formación de la infraestructura eléctrica brasileña. Por eso, Marcelo Squinca hace una interesante síntesis, en concreto sobre las transformaciones materiales observadas en este periodo, volviendo a las primeras iniciativas hasta llegar a la interconexión de sistemas en la década de 1980. Su investigación sobre el tema de la electrificación en São Paulo tiene un punto de vista social privilegiado para perfilar el panorama general de la instalación y expansión de las actividades del gran capital financiero internacional. Centrando su atención en el duopolio Light-Amforp, Silva observa el proceso agresivo de su incorporación de empresas más pequeñas, constituidas por la asociación de empresarios brasileños.

Entre finales de la década de 1890 y la de 1910, un gran número de grupos urbanos más capitalizados disponía de servicios de suministro de energía eléctrica. Algunas de las regiones con mayor expresión económica del país participaron en estrategias de inversión extranjera. El interés de los grandes oligopolios internacionales, sin embargo, no alcanzó al vasto territorio brasileño al completo. En el interior, hasta la década de 1940, pequeños centros urbanos vieron la expansión de la electrificación con gran participación de los municipios y la recurrencia de la termoelectricidad de bajo consumo, distribuida en redes aisladas. Para comprender estas contradicciones, Silva desarrolla un análisis que da una explicación sobre las razones del volumen energético insuficiente y de las precarias condiciones técnicas de la ciudad gestionada por una burguesía urbana industrial nacional, entendiendo que las inversiones urbanas rivalizaban con las del sector agropecuario tradicional como objeto de acumulación.

A partir de la introducción de la planificación económica y de los servicios de asesoramiento en el desarrollo económico, que acompañaron a las ideas desarrollistas, la infraestructura eléctrica del país ahora se entiende como una electrificación de todo Brasil. El resultado del primer plan nacional de electrificación, en el Segundo Gobierno Vargas, fue un proceso de nacionalización del sector, en especial en lo que se refiere a generación y transmisión, pero también con diversas iniciativas de los estados —que, en la práctica, llevó a cabo el plan de Vargas de manera selectiva, aunque menos coordinada—. Tras los planes de industrialización, vino la construcción de un sistema eléctrico de enormes dimensiones, que en la década de 1980 ya estaba interconectado y repleto de obras faraónicas.

Para abordar el periodo de la dictadura cívico-militar (1964-1985), el profesor Wilson do Nascimento Barbosa escribe una crónica histórica, de crítica implacable y con un lenguaje ácido, en desacuerdo con algunos personajes de la historia contemporánea y sus ideas. Su texto lleva la pasión de la lucha contra el autoritarismo que se ha instalado en Brasil, en 1964, y se necesitarían veintiún años para ser derrotado por las fuerzas democráticas. Ciertamente no hay elogios para los economistas de aquellos gobiernos autoritarios que lograron la hazaña de expandir el producto a altos niveles mientras el pueblo trabajador se empobrecía.

Barbosa inicia su análisis mostrando el interés económico de la dictadura en pos de la ciencia y de algunas teorías que escapan por completo a la realidad como apologéticas. Para él, las razones económicas del golpe militar parten de concepciones elitistas que enmascaran el derroche de riqueza por parte de las élites y la penalización del consumo popular. Cuestiona, por tanto, si en realidad hubo austeridad en algunos momentos de la dictadura, ya que el consumo suntuario, conocido por agravar los desequilibrios en las cuentas externas del país, era mantenido por la élite. El profesor Wilson refuta con firmeza uno de los principales nombres de los equipos económicos de la dictadura, criticando el legado de inflación, empobrecimiento, endeudamiento externo y fragilidad que dejaron Mario Henrique Simonsen y sus pares. Otros personajes de la dictadura también son criticados con dureza en el texto. Hay incluso un breve balance de cada periodo de gobierno, desde Castelo Branco hasta João Figueiredo, cuando la economía osciló entre una ortodoxia monetarista y una modernización conservadora. En este segundo caso, cabe destacar el gobierno de Ernesto Geisel y su II Plan Nacional de Desarrollo, que incidió en un intenso proceso de industrialización tardía semejante a la segunda revolución industrial, haciendo que el parque industrial brasileño diera un nuevo salto, aunque a expensas de la represión y el aplanamiento de salarios, el endeudamiento y la inflación. La última dictadura militar en Brasil terminó en 1985 de manera melancólica, con numerosas obras detenidas o retrasadas por falta de financiación, con las cuentas públicas en ruinas, la inflación descontrolada y el nivel de miseria de la población en estado calamitoso. Su final fue, sin duda, tras mucha movilización popular, un soplo de esperanza que tocó a las nuevas generaciones. Brasil, después de un largo periodo de crecimiento entre las décadas de 1930 y 1980, que solo puede compararse con hazañas como las de la URSS o Japón, ahora estaba industrializado, los sectores de producción de bienes de capital e intermedios habían sido internalizados, tenía cierta complejidad y se encontraba entre las economías más grandes del mundo, pero existían innumerables problemas que se debían resolver.

La inflación de mediados de la década de 1980 parecía que era uno de los problemas que exigía una inmediata solución. Sobre este tema y sobre la economía brasileña en los primeros años de la Nueva República, escribe en su capítulo Ricardo Zimbrão Affonso de Paula. El artículo elabora, de forma sistemática, un análisis de los principales planes de estabilización de la economía brasileña entre 1985 y 1989.

José Sarney, quien asumió la presidencia de la República tras la muerte de Tancredo Neves, fue candidato a vicepresidente en la candidatura que ganó la elección indirecta en el parlamento brasileño. Los últimos años de la dictadura habían sido de-

sastrosos para la economía. El país había sufrido una severa recesión como resultado de una combinación de endeudamiento y un aumento de las tasas de interés internacionales, lo que provocó graves desequilibrios en las cuentas externas y socavó la capacidad de financiar inversiones, así como una política económica contractiva adoptada por Figueiredo. Después de la recesión, de 1981 a 1983, la economía no mejoró, y es bastante habitual que 1984 se catalogue como un año de estancamiento. En estas condiciones y ante la plena aceleración de la inflación, el primer gobierno de la Nueva República formuló sus planes económicos.

En la sociedad surgieron corrientes que defendían alternativas más ortodoxas o heterodoxas para hacer frente al tema de la inflación. Este debate, como demuestra Ricardo de Paula, posee, en sí mismo, un gran valor académico. En el centro de los trabajos se encontraban intelectuales de los mayores centros de investigación del país, como Unicamp, FGV y PUC. Los conceptos «choque ortodoxo», «conflicto distributivo», «inflación inercial» y «choque heterodoxo», cada uno con su diagnóstico y pronóstico de inflación, demuestran la maduración de filas de economistas brasileños que acabaron asimilando una capacidad interpretativa de nuestra economía, que se remonta a finales del siglo XIX, en este caso para la resolución ineludible de un problema concreto. Con menos comprensión de la necesaria, tal vez, los hombres de la política pusieron en práctica estas ideas en lo que se conoció como la Ópera de los Tres Cruzados: el Plano Cruzado (I y II), el Plano Bresser y el Plano Verão. Cada uno de ellos combinaba una serie de medidas para desindexar la economía y ajustar las cuentas públicas (por ingresos o gastos), con impactos en el contexto de mayor o menor crecimiento económico. Pero lo que los caracteriza históricamente es su fracaso como solución permanente al problema de la inflación. La población terminó aprendiendo a eludir las congelaciones de precios, estrategia común de los planes, que acabó sirviendo para consensuar su ineficacia. El fracaso en la estabilización, la recesión a principios de la década, el bajo crecimiento medio, la moratoria y la profundización de la dependencia son factores que llevaron a los economistas brasileños a calificar la década de 1980 como la «década perdida».

De hecho, la alta inflación (hiperinflación) solo se resolvió a mediados de la década de 1990, periodo que Marcos Cordeiro Pires aborda en el capítulo 9 del libro. Este investigador, al estudiar lo que denomina la «segunda década perdida», enfatiza la apertura comercial, premisa del Consenso de Washington, que constituyó la base de las medidas tomadas por el gobierno de Sarney. Elegido en 1989, en la primera elección directa para el ejecutivo federal desde 1960, Fernando Collor representó a los sectores conservadores de la sociedad. Sin programa de gobierno y con equipos sin experiencia, su política económica, predominantemente ortodoxa, de endurecimiento fiscal, con privatizaciones, apertura comercial y financiera, congelación de precios y la nefasta confiscación de ahorros llevada a cabo durante el Plan Collor, fue un rotundo fracaso. Sin apoyo y envuelto en escándalos de corrupción, Collor fue destituido en 1992. Su sucesor, Itamar Franco, se opuso de manera tajante a las privatizaciones, aunque no se suspendieron. Su gobierno se caracterizó por la rotación de los ministros de Hacienda, entre los que destacó Fernando Henrique Cardoso, debido al exitoso Plano Real. Ejecutado en pasos sucesivos, el Plano Real instituyó la moneda hoy

vigente en Brasil y logró controlar la inflación, lo que terminó sirviendo de capital electoral a su creador. El Plano Real, en sus tres etapas, atacó el problema de la inflación en varios frentes: control del gasto público, profundización de las privatizaciones y de la liberalización comercial, reforma monetaria —con la introducción de una moneda transitoria (URV) para anclar las expectativas de inflación y la posterior introducción del Real— y el ancla de la tasa de cambio. La sobrevaluación del tipo de cambio produciría, hacia finales de la década de 1990, una serie de dificultades en las cuentas externas de Brasil, así como la apertura que expuso a sectores industriales frágiles a la competencia internacional y el proceso de privatización que desnacionalizó sectores como el eléctrico, que perdió su capacidad de renovar inversiones, provocando una crisis de suministro insuficiente y periodos de racionamiento. Estos problemas revelan, entre otros, el aumento de la dependencia y la pérdida de soberanía en la determinación de la política económica.

El siguiente capítulo es un excelente análisis obra de Lincoln Ferreira Secco sobre «el significado de la informalidad». Impulsado por la fisura de la democracia brasileña, que llevó a la destitución sin delito de responsabilidad de la primera mujer brasileña elegida para presidir el ejecutivo federal en 2016, por los posteriores ataques al sistema de seguridad social y derechos laborales por parte del gobierno golpista y, sobre todo, por el ascenso de políticos con vínculos con las milicias y con inclinaciones neofascistas, Secco buscó ubicar la masa de trabajadores desempleados y subempleados en la historiografía de la economía brasileña.

Elementos como la informalidad, el subempleo y el trabajador intermitente se encuentran en innumerables textos clásicos de la historiografía económica en Brasil, como los de Caio Prado Júnior, Oliveira Vianna, Nelson Werneck Sodré, Alberto Passos Guimarães y tantos otros, entre los que también destacan los de Maria Odília Leite Silva Dias, Laura de Mello Souza y Emília Viotti, investigadoras que, desde la década de 1980, han sacado a la luz la condición de la mujer en la informalidad. Hay tantos adjetivos presentes en la historiografía y tantos más en el lenguaje común que causa asombro. La mayor parte de ellos tenían un sentido peyorativo, muchos racistas y muchos otros misóginos, y, juntos, no dejan de escandalizar al lector.

De esta forma, el profesor Lincoln construye un sólido argumento sobre el significado de la informalidad que no es completamente nuevo en la historiografía brasileña, porque la continuidad es algo que no solo se ancla en el pasado, sino también en la actualidad del mercado laboral en el país. La existencia de esta masa de trabajadores excedentes, una inmensa reserva de personas dispuestas a aceptar salarios bajos y condiciones de trabajo agotadoras para tan solo poder sobrevivir, siempre ha impedido que los avances y conquistas de la clase obrera sean más amplios. Según los ciclos de la economía brasileña, migrando de una región a otra, estas personas encontraron mejores o peores condiciones de vida. Así, la informalidad, que aumentó desde la década de 1980, retrocedió en los gobiernos de Lula y Dilma, dada la política deliberada de formalizar el empleo, y retornó después de 2016, no tiene una razón coyuntural; tiene unas raíces profundas que son una síntesis del desarrollo económico brasileño y de la relación entre las clases sociales en ese país. En «Treze anos de política econômica petista (2003-2015)», Glaudionor Gomes Barbosa estudia justo ese periodo en que

la economía brasileña volvió a mayores tasas de crecimiento, incorporando al mercado de consumo un gran contingente de personas que aún permanecían en los márgenes. Barbosa parte de las nociones de acumulación de capital con dominancia financiera y del concepto de semiperiferia para construir un argumento que avala todos los esfuerzos de esos gobiernos por promover políticas económicas que, en gran medida, tenían como objetivo fortalecer la economía brasileña, y no alteraron la condición de Brasil en el contexto de la competencia interestatal en el mundo.

El profesor Glaudionor destaca los interesantes choques entre ideas económicas dentro del gobierno. Por un lado, había una fuerte expresión de la ortodoxia y su prescripción contractiva, que hizo que la política económica adquiriera un carácter *stop-and-go*. De otro modo, análogo a lo observado por Fonseca en el segundo capítulo del libro, fuerzas políticas alineadas con las ideas desarrollistas articulaban políticas de tipo keynesiano y medidas a medio y largo plazo. Esta trama hizo que Barbosa admitiera la necesidad de establecer subperiodos para el análisis de los gobiernos del Partido de los Trabajadores (PT).

Los trabajos de Barbosa y, posteriormente, el de Apoena Canuto Cosenza, son complementarios en la evaluación de la política económica de los gobiernos del Partido de los Trabajadores (2003 a 2016). El texto de Glaudionor se centra más en una interpretación política y geopolítica, debido a la distancia que mantienen las categorías de sistema mundial, y el de Cosenza toma el camino del análisis económico, combinando teoría, estadística e historia económica.

A partir de estos estudios, es posible decir que el primer gobierno de Lula, esa figura popular que surgió del movimiento de los trabajadores a finales de la década de 1970, se caracteriza como una fase de transición. De 2003 a 2006, se produjo un esfuerzo por acomodar las fuerzas que conforman un frente político muy amplio. No quedaba mucho espacio para la audacia, además de una política exterior más activa, del estancamiento de las privatizaciones y de la expansión de las actividades del Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social (BNDES). Se mantuvieron las altas tasas de interés, los megasuperávits primarios y el tipo de cambio sobrevaluado. Parte del crecimiento económico dependía de los buenos resultados de las exportaciones. A partir de 2006, el gobierno tuvo fuerza suficiente para avanzar en la adopción de políticas económicas expansionistas. Se retoma la planificación económica, ausente desde la década de 1970, y se empieza a perfilar un periodo intervencionista, que caracterizó el segundo mandato de Lula y los primeros años del gobierno de su sucesora, Dilma Rousseff, llamado por algunos grandes economistas brasileños *nuevo desarrollismo* o *socialdesarrollismo*. Sin embargo, se trataba de la elaboración de un plan (PAC) de tradición estructuralista, basado en inversiones en infraestructura que presentaba cuellos de botella y obstáculos al crecimiento económico. El resultado fueron mayores tasas de crecimiento del PIB y una fuerte reducción en los niveles de pobreza de la población, fruto del gasto social exitoso, la política de valorización del salario mínimo y la reducción de la tasa de desempleo. La evolución no fue mejor, ya que se vio obstaculizada constantemente por la presión de los grupos financieros, que exigían un control estricto del gasto, fundamental para controlar la trayectoria de la deuda pública, con una de las tasas de interés más altas del mundo.

El gobierno de Dilma fue un poco más allá al relajar las restricciones de política macroeconómica presentes desde finales de la década de 1990. Las situaciones externa e interna ya no eran favorables, el ciclo de apreciación de los *commodities* llegaba a su fin y la inversión privada también caía. Tras unos meses, el gobierno comenzó a adoptar medidas de desgravación fiscal para algunos sectores industriales y para estimular el crédito. Como resultado, el producto obtuvo cierta expansión hasta 2013. La capacidad de articulación política del gobierno, sin embargo, era cada vez menor. Aceleración de la inflación y medidas tradicionales de anclaje de tipos de interés, lo que conllevó un fuerte impacto en la actividad económica y terminó por socavar el apoyo que aún le quedaba a la presidenta reelegida. En 2015, el PIB brasileño tuvo una retracción del 3,5%. Era evidente un problema de constricción externa, ya que, como demuestra Cosenza, la elasticidad-ingreso de las importaciones brasileñas reveló que, para crecer, Brasil necesitaba aumentar sus importaciones, para lo cual precisaría expandir con fuerza sus exportaciones, básicamente concentradas en una lista de bienes primarios. Las repentinas devaluaciones del tipo de cambio en 2016 sirvieron para agravar la situación, provocando una nueva caída del PIB del 3,3%.

Mientras tanto, en el Congreso, las fuerzas conservadoras se articularon en una clara trama golpista, centrada en figuras despreciables en el parlamento, y depusieron a Dilma Rousseff, destituida de su cargo en el proceso de *impeachment* en mayo de 2016, bajo la burla de la acusación de «pedaleo fiscal» (una expresión que hace referencia a un regate de fútbol). Acerca de ese momento, y hasta los primeros años del gobierno genocida de Jair Bolsonaro, «la hora de las brujas», Luiz E. S. de Souza, Maria de Fátima S. C. Previdelli y Rodolfo F. S. Nunes escriben de una manera muy esclarecedora.

Los autores del trabajo que cierra la obra muestran cómo se articularon los ideales neoliberales y las mismas élites políticas conservadoras y autoritarias con las que trató Almeida (en el primer artículo del libro), que adquirieron fuerza con la consecución de un modelo de administración macroeconómica que defendía, en su discurso, las tesis de las finanzas saludables y el liberalismo como único camino hacia la economía. Sin embargo, no dudan en imponer tipos de interés extremadamente bajos o una política fiscal expansionista cuando, asustados, necesitan estimular la actividad que primero deprimieron. La «razón económica» del «golpe de 2016» habría sido el intento de ejecutar un conjunto de medidas liberalizadoras (llamado «Agenda Brasil» y, más tarde, «Ponte para o Futuro»), tales como la relajación de criterios de preservación ambiental, la reducción de los derechos laborales y de seguridad social, una mayor apertura comercial, limitaciones presupuestarias a políticas de reducción de desigualdad y privatizaciones (Petrobras, Correios, Eletrobras y bancos públicos). Dilma Rousseff resistió presiones del centro político y de la derecha y no asumió esta agenda. A partir de ahí, se desarrolló una trama de una democracia que llega a sus límites, dada la actuación de agentes políticos al margen de las instituciones y el estado de derecho.

Una vez en el poder, el grupo golpista intentó llevar a cabo las reformas exprés. Se forjó la unanimidad de pensamiento en los medios brasileños de que, sin reformas liberales, la economía no crecería. Con el sonido de bombas en la Esplanada dos Ministérios, utilizadas por las tropas policiales para dispersar la gran movilización po-

pular en contra, se aprobó la reforma laboral propuesta por el gobierno usurpador de Temer. Los procedimientos para la privatización de Eletrobras y de los activos de Petrobras estaban en curso. También se remitió al Congreso una fuerte reforma de la seguridad social, aprobada en el siguiente gobierno, el de Bolsonaro. La mejora de la economía no vino con las reformas; Brasil vivió un escaso crecimiento de poco más del 1% en 2017 y 2018, cuando el nivel de desempleo alcanzó el 12,3%. Aun así, la política económica insistió en profundizar en las reformas. El siguiente gobierno estuvo dirigido por alguien que, si no fuera por la visibilidad que adquirió durante la campaña electoral en un polémico atentado con arma blanca, no hubiera sido más que un candidato folclórico de extrema derecha. En 2019, el país se mantuvo estancado, creciendo poco más del 1%. El artículo no abarca el año 2020 y el desastre en la gestión de la pandemia de COVID-19, ni el año 2021, cuando la economía apenas se había recuperado. Por eso es importante añadir a la rica historia económica brasileña que se vislumbra otro punto de inflexión en el horizonte con la elección de Lula, del Partido de los Trabajadores (PT), para su tercer mandato, algo que nunca podría entenderse en su relevancia histórica sin esfuerzos como el libro que reseñamos en estas pocas páginas.

Como se afirma en el prefacio de Hildete Pereira Melo y Luiz Fernando Saraiva, *História econômica do Brasil contemporâneo* es parte de la colección Novos Estudos de História Econômica do Brasil, que sigue la tradición de la Asociación Brasileña de Investigadores en Historia Económica (ABPHE) de producir reflexiones críticas y actualizadas sobre el país. Los resultados han sido excelentes. La lectura de este y otros volúmenes de la colección resulta reconfortante y esclarecedora intelectualmente hablando.

FÁBIO FARIAS DE MORAES

Centro de Informática e Automação do Estado de Santa Catarina – CIASC

<https://orcid.org/0000-0002-7045-8514>

fariasmoraes@outlook.com